

Oraciones del P. Arrupe

MILAGROS	2
PRINCIPIO INTEGRADOR	3
POBRE COMO TÚ.....	4
NADA ES MÁS PRÁCTICO.....	5
TAN CERCA DE NOSOTROS.....	6
A DONDE DIOS LA LLEVE	7
A LOS JÓVENES	8
SI PIENSAS HACERTE JESUITA.....	9
ENTREGA INCONDICIONAL.....	10
QUIERO VIVIR EN TU CASA.....	11
A TUS PIES, SEÑOR	12
PONME CON TU HIJO	13
EN TU CORAZÓN.....	14
OTRO “LOCO” COMO TÚ	15
AQUELLA MISA EN LA FAVELA.....	16
EN LAS MANOS DE DIOS.....	17
SEAN BUENOS	18
SENTIRSE AMADO POR DIOS.....	19
DEL DOLOR Y LA ALEGRÍA.....	20
LLAMADOS A SER COMPAÑEROS DE JESÚS	21
DESEAR ORAR.....	22
TESTIGOS DE ESPERANZA.....	23
LA MAYOR GLORIA DE DIOS	24
LA ESPERANZA CRISTIANA.....	25
SEAN SANTOS	26
VALENTÍA.....	27
LA ORACIÓN	28

MILAGROS

Sentí a Dios tan cerca
en sus milagros
que me arrastró violentamente detrás de sí.

Y lo vi tan cerca de los que sufren,
de los que lloran,
de los que naufragan en esta vida de desamparo,
que se encendió en mí el deseo ardiente de imitarle
en esta voluntaria proximidad
a los desechos del mundo,
que la sociedad desprecia,
porque ni siquiera sospecha que hay un alma
vibrando bajo tanto dolor.

(De su paso por Lourdes, antes de entrar en la Compañía, donde fue testigo de tres curaciones milagrosas).

PRINCIPIO INTEGRADOR

Mantengamos intacto el principio:

El que se abre a sí mismo hacia el exterior debe no menos abrirse hacia el interior, esto es, hacia Cristo.

El que tiene que ir más lejos para socorrer necesidades humanas, dialogue más íntimamente con Cristo.

El que tiene que llegar a ser contemplativo en la acción procure encontrar en la intensificación de esta acción la urgencia para una más profunda contemplación.

Si queremos estar abiertos al mundo, debemos hacerlo como Cristo, de tal manera que nuestro testimonio brote, como el suyo, de su vida de su doctrina.

No temamos llegar a ser, como Él, señal de contradicción y escándalo... Por lo demás, ni siquiera Él fue comprendido por muchos.

De su libro
En Él solo la esperanza.

POBRE COMO TÚ

Siempre que me he acercado a ti
y he visto que no tuviste
"donde reclinar la cabeza"
y que tuviste por lecho de muerte una cruz,
me siento traidor
al ver que tengo cada día más,
que me siento víctima
de una sociedad de consumo
y que necesito cada día más cosas.

Y sin embargo, "sólo una cosa es necesaria".

Me parece que comienzo a intuir
lo que es ser "pobre como Tú".

Sé que la condición de seguirte
es dejarlo todo.
"El que no deje todo lo que posee,
no puede ser mi discípulo".

Siento que me dices
que me despoje de todo y que confíe en Ti.
Me pides que me lance a tu Providencia
con los ojos cerrados
y que todo lo demás
se me dará por añadidura,
incluso la verdadera eficacia
de nuestro apostolado.

Que tú eres la gran seguridad,
el gran "seguro" del "inseguro".

Ese salto en el vacío oscuro de la fe
es muy difícil
y supone confianza ciega.

Coloquio sobre la pobreza,
México D. F., noviembre, 1972.

NADA ES MÁS PRÁCTICO

Nada es más práctico
que encontrar a Dios;
que amarlo de un modo absoluto,
y hasta el final.

Aquello de lo que estés enamorado,
y arrebate tu imaginación,
lo afectará todo.

Determinará
lo que te haga levantar por la mañana
y lo que hagas con tus atardeceres;
cómo pases los fines de semana,
lo que leas
y a quien conozcas;
lo que te rompa el corazón
y lo que te llene de asombro
con alegría y agradecimiento.

Enamórate, permanece enamorado,
y eso lo decidirá todo.

En EE. UU.
Fecha y lugar desconocidos.

TAN CERCA DE NOSOTROS

En esta inseguridad por parte de las condiciones materiales, pero también por parte de la situación inestable del creyente, hemos vivido la presencia del señor, hemos vivido una seguridad que Pablo volvería a llamar hoy necesidad.

Sigo manteniendo enteramente hoy todavía lo que dije entonces, en una Eucaristía celebrada en un suburbio de Latinoamérica, un año antes:

Tan cerca de nosotros
No había estado el Señor,
Acaso nunca;
Ya que nunca habíamos estado
Tan inseguros.

Katolikentag,
Tréveris, Alemania,
10 de septiembre de 1970.

A DONDE DIOS LA LLEVE

¿Adónde va la Compañía?
- me preguntaban.

Mi respuesta fue siempre:
A donde Dios la lleva.

En otros términos, era como decir:
No sé, pero sí sé una cosa,
y es que Dios nos lleva a alguna parte:
vamos seguros, vamos con la Iglesia,
que va dirigida por el Espíritu santo.

Sé que Dios nos lleva a una tierra nueva,
la de promisión, la suya.

Él sabe dónde está,
a nosotros no nos toca sino seguirle.

En la homilía de
sus Bodas de Oro
como jesuita.
15 de enero de 1977

A LOS JÓVENES

Yo os diría
que todo se puede resumir
en ser amigos de Cristo,
pero amigos verdaderos.

Él ya nos ha elegido por amigos:
"Vosotros sois mis amigos".

Ahora es necesario
que nosotros leelijamos a Él
como amigo nuestro,
pero amigo de verdad,
como nuestro mejor amigo.

Para convertirnos a Él,
para unirnos más íntimamente a Él,
para identificarnos con Él,
no hay camino más recto
que el que pasa por la Eucaristía.

Fracción de:
A los jóvenes en Asís,
06 de septiembre de 1979.

SI PIENSAS HACERTE JESUITA...

No vengas si eres nervioso o inestable;
no vengas si no amas a la Iglesia
como madre sino como madrastra;
no vengas si piensas
que haces un favor a la Compañía.

Ven si servir a Cristo
es lo único que quieres en la vida;
ven si tienes unas espaldas
razonablemente fuertes,
una mente razonablemente abierta y clara,
un corazón más grande que el mundo,
alguna capacidad para reírte de un buen chiste
y de reírte de ti mismo si llega el caso...

A la pregunta de qué le diría
a un Joven que quisiera ser jesuita.
(en "Avvenire")

ENTREGA INCONDICIONAL

Jesús, mi Dios, mi Redentor,
mi Amigo, mi íntimo Amigo,
mi corazón, mi cariño.

Aquí vengo, Señor, para decirte
desde lo más profundo de mi corazón
y con la mayor sinceridad y cariño
de que soy capaz,
que no hay nada en el mundo, que me atraiga,
sino Tú sólo, Jesús mío.

No quiero las cosas del mundo.
No quiero consolarme con las criaturas.
Sólo quiero vaciarme de todo de mí mismo,
para amarte sólo a Ti.

Para Ti, Señor, todo mi corazón,
todos sus afectos, todos sus cariños,
todas sus delicadezas...

¡Oh Señor!, no me canso de repetirte:
Nada quiero sino tu amor y tu confianza.
Te prometo, te juro, Señor,
escuchar siempre tus inspiraciones,
vivir tu misma vida.

Háblame muy frecuentemente
en el fondo del alma
y exígeme mucho,
que te juro por tu Corazón
hacer siempre lo que tú desees,
por mínimo o costoso que sea.

¿Cómo voy a poder negarte algo,
si el único consuelo de mi corazón
es esperar que caiga una palabra de tus labios,
para satisfacer tus gustos?

Señor, mira mi miseria, mi dureza,
mi debilidad..
Mátame antes de que te niegue algo
que Tú quieras de mí.

¡Señor, por tu Madre! ¡Señor, por tus almas!,
dame esa gracia...

Siete años después,
ya en Japón, el padre Arrupe
re-elabora la anterior oración:
Súplica a Jesucristo

QUIERO VIVIR EN TU CASA

Señor, quiero vivir en tu casa
por tiempo sin fin.
Enséñame dónde está tu casa.

Señor, estando en tu casa,
contigo,
ponme con tu Padre.

La casa del Señor es "casa de oración",
por eso, entrado en la oración
siento mi corazón herido
por la hermosura de tu Corazón,
que es la "casa del Señor".

Te doy gracias, Señor,
por este favor desbordante:
"Los humanos se nutren
De la enjundia de tu casa".

Por eso, hasta la hora que sea,
sin un momento de descanso,
enséñame tu hermosura.

"Día y noche están tus ojos abierto
sobre este templo,
sobre el sitio donde quisiste
que residiera tu oráculo".

Así,
abrasado en el fuego de tu Corazón,
pueda yo penetrar en la hermosura del Señor,
y también
enseñar a los demás las riquezas de ese Corazón.
La pasión por tu casa me consumirá.

Por eso,
sin salir nunca de tu casa
"habitaré en la casa del Señor
por años sin término".

Cor Iesu, domus Dei et porta coeli,
miserere nobis.

Final de un comentario a las Letanías del
Sagrado Corazón en sus años de Maestro de
Novicios. Japón, 1954.

A TUS PIES, SEÑOR

Pidámosle a Él que nos enseñe.
El lugar más apreciado por nosotros
debería ser el sagrario:
Sentada a los pies del Señor,
escuchaba su Palabra.

Pidámosle que nos enseñe a orar
como Él lo hizo,
en aquella inefable comunión con su Padre:
Doce nos orare. Enséñanos a orar.

Pidámosle que prenda fuego
a nuestros corazones,
como hizo con los discípulos de Emaús:
¿No estaba ardiendo nuestro corazón
dentro de nosotros
cuando nos hablaba en el camino?

Éstos son tiempos difíciles.
Son tiempos de prueba y de desafío,
pero son también tiempos de oportunidad.
Y frente al desafío y a la oportunidad,
nosotros sabemos adónde acudir:
Tú tienes palabras de vida eterna,
y nosotros creemos y sabemos
que tú eres el Santo de Dios.

Reunidos aquí
para celebrar el "Mysterium fidei",
el misterio de la fe y del amor,
a la pregunta del Señor:
- ¿Me amas?
Respondamos con Pedro:
- Tú lo sabes todo,
Tú sabes que te amo.

Fracción de:
"A los maestros de novicios,
Jesús el único modelo,
5 de junio de 1970".

PONME CON TU HIJO

Tu, Madre, has sido
la que influiste más en tu Hijo.
Tú fuiste la única
que comunicó al Verbo su cuerpo
para ser encarnado.

Tu mano, suave,
llena de amor indecible,
fue formando aquel hombre
que había de llevar
una vida de trabajador humilde,
y que, después de vivir pobremente
la vida de apóstol,
Se ofreció desnudo
Sobre el ara de un leño áspero,
Símbolo de la ignominia.

Ayúdanos, Madre,
y fórmanos como otro Jesús.

Tú puedes hacerlo
de un modo muy especial:
La mano de madre es insustituible:
No se ha inventado
ni el hombre podrá inventar jamás
con toda su técnica,
ningún sustitutivo
para la mano y el corazón
de una madre.

Te lo pido, Señora:
"Muestra que eres Madre".
Ponme con tu Hijo
y hermano mayor mío, Jesús.

En un encuentro con Provinciales,
México D. F., 15-17 de noviembre de 1972.

EN TU CORAZÓN

Señor, enciérrame
en lo más profundo de tu Corazón.

Y, cuando me tengas ahí,
quéname, purifícame,
inflámame, sublíname,
hasta la satisfacción perfecta
de tus gustos,
hasta la más completa aniquilación de mí mismo.

Orar con el Padre Arrupe.
José García, S. J.
04 de mayo de 1974.

OTRO "LOCO" COMO TÚ

Señor, dame tu amor,
que me haga perder mi "prudencia humana"
y me impulse a arriesgarme a dar el salto,
como San Pedro, para ir a Ti:
Que no me hundiré mientras confíe en Ti.

No quisiera oír:
"Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?".
Cuántos motivos teológicos, ascéticos,
de prudencia humana,
se levantan, en mi espíritu
y tratan de demostrarme
"bajo apariencia de bien",
con muchas razones humanas,
que aquello que Tú me inspiras y pides
es imprudente:
Una locura.

¡Tú, Señor, según eso,
fuiste "el más loco de los hombres",
pues inventaste esa insensatez de la cruz!
¡Oh, Señor!, enséñame
que esa insensatez es tu prudencia,
y dame tal amor a tu persona
para que sea yo también
otro loco como Tú.

Encuentro con Provinciales,
México D. F., noviembre 1972.

AQUELLA MISA EN LA FAVELA...

Hace algunos años, cuando visitaba una provincia de jesuitas en América Latina, fui invitado a celebrar en un suburbio, en una *favela*, en uno de los lugares más pobres de la zona. Unas cien mil personas vivían allí en medio del barro, porque este suburbio estaba construido en una depresión que se inundaba cada vez que llovía...

La misa tuvo lugar bajo una especie de techumbre en mal estado, sin puerta, con perros y gatos que entraban libremente. La eucaristía comenzó con cantos, acompañados por un guitarrista que no era precisamente un virtuoso. El resultado me pareció, con todo, maravilloso. El canto repetía: "Amar es darse... ¡Qué bello es vivir para amar y qué grande tener para dar!".

A medida que el canto avanzaba, sentí que se me hacía un gran nudo en la garganta. Tenía que hacer un verdadero esfuerzo para continuar la misa. Aquellas gentes, que parecían no tener nada, estaban dispuestas a darse a sí mismas para comunicar a los demás la alegría, la felicidad.

Cuando en la consagración elevé la hostia, percibí, en medio del tremendo silencio, la alegría del Señor que se encuentra entre los que ama. Como dice Jesús: "Me ha enviado a predicar la Buena Noticia a los pobres", y "felices los pobres"...

Al dar la comunión, me fijé en que en aquellos rostros secos, duros, quemados por el sol, había lágrimas que rodaban como perlas. Acababan de encontrarse con Jesús, que era su único consuelo. Mis manos temblaban.

Mi homilía fue corta. Fue sobre todo un diálogo. Me contaron cosas que no suelen escucharse en los discursos importantes, cosas sencillas, pero profundas y sublimes, desde un punto de vista humano.

Una viejecita me dijo: "Usted es el superior de estos padres, ¿no? Pues bien, señor, un millón de gracias, porque vosotros, los jesuitas, nos habéis dado este gran tesoro que necesitamos y no teníamos: la misa".

Un muchacho dijo en público: "Padrecito: quiero que sepa que estamos muy agradecidos, porque estos padres nos han enseñado a amar a nuestros enemigos. Hace una semana yo había conseguido un cuchillo para matar a un compañero al que odiaba. Pero después de escuchar al padre predicar el Evangelio, en vez de matar a aquel compañero compré un helado y se lo regalé".

Por fin, un tipo corpulento, con aspecto de delincuente y que casi daba miedo, me dijo: "Venga a mi casa. Tengo un regalo para usted". Yo, indeciso, dudaba si debería aceptarlo, pero el jesuita que me acompañaba me dijo: "Acepte, padre, son muy buena gente".

Así que fui con él a su casa, que era una barraca medio destruida, y me invitó a sentarme en una silla desvencijada. Desde mi sitio yo podía contemplar la puesta del sol. El grandullón me dijo: "Mire, señor, ¡qué hermosura!" Nos quedamos en silencio durante algunos minutos. El sol desapareció. El hombre exclamó: "No sabía cómo agradecerle todo lo que hacen por nosotros. No tengo nada que darle. Pero pensé que le gustaría ver esta puesta de sol. ¿A que le ha gustado? Adiós". Y me dio la mano.

Cuando se iba, pensé: "No es fácil encontrar un corazón así". Ya abandonaba la calleja, cuando una mujer, muy pobremente vestida, se acercó a mí, me besó la mano, me miró y me dijo con voz emocionada: "Padre, rece por mí y por mis hijos. Yo también he oído esa misa tan bonita que usted acaba de decir. Tengo que volver a mi casa. Pero no tengo nada que dar a mis hijos... Rece por mí: Él nos ayudará". Y desapareció corriendo hacia su casa.

¡Qué cosas aprendí en aquella misa entre los pobres! ¡Qué diferencia con las grandes recepciones que organizan los poderosos de este mundo!

Testimonio recogido
En un libro-entrevista
De Jean-Claude Distsch

EN LAS MANOS DE DIOS

Yo me siento, más que nunca,
en las manos de Dios.
Eso es lo que he deseado toda mi vida,
desde joven.

Y eso es también lo único
que sigo queriendo ahora.
Pero con una diferencia:
Hoy toda la iniciativa la tiene el Señor.

Les aseguro que saberme
y sentirme totalmente en sus manos
es una profunda experiencia.

Fracción de un texto del P. Arrupe
leído por el P. Ignacio Iglesias
en el aula de la Congregación General
el 03 de diciembre de 1983.

SEAN BUENOS

No puedo, no debo omitir una última palabra.

San Ignacio, hablando del General de la Compañía de Jesús, dice que son muchas las cualidades necesarias para dicho cargo. Pero, aun cuando faltaren todas las demás, una no debe faltar: la bondad.

Por tanto, les digo: Sean buenos.

Sean buenos. Buenos en su rostro, que deberá ser distendido, sereno y sonriente; buenos en su mirada, una mirada que primero sorprende y luego atrae. Buena, divinamente buena, fue siempre la mirada de Jesús. ¿Lo recuerdan? Cuando Pedro fue alcanzado y traspasado por aquella mirada divina y humana, lloró amargamente.

Sean buenos en su forma de escuchar. De este modo experimentarán, una y otra vez, la paciencia, el amor, la atención y la aceptación de eventuales llamadas.

Sean buenos -y también esto ha sido sabiamente sugerido- en sus manos. "Manos que dan, que ayudan, que enjugan las lágrimas, que estrechan la mano del pobre y del enfermo para infundir valor, que abrazan al adversario y le inducen al acuerdo, que escriben una hermosa carta a quien sufre, sobre todo si sufre por nuestra culpa; manos que saben pedir con humildad para uno mismo y para quienes lo necesitan, que saben servir a los enfermos, que saben hacer los trabajos más humildes".

Sean buenos en el hablar y en el juzgar; sean buenos, si son jóvenes, con los ancianos; y, si son ancianos, sean buenos con los jóvenes

Mirando a Jesús -para ser imagen de Él- sean, en este mundo y en esta Iglesia, contemplativos en la acción; transformen su actividad en un medio de unión con Dios; estén siempre abiertos y atentos a cualquier gesto de Dios Padre y de todos sus hijos, que son hermanos nuestros.

De un retiro a sacerdotes dado por el P. Pedro Arrupe
en Cagliari Italia, el 11 de marzo de 1976.

SENTIRSE AMADO POR DIOS

En nuestras vidas se impone una condición: que nuestro encuentro personal con Dios dé a nuestra vida su sello de absoluto, de exigencia radical, de respuesta incondicional. Este encuentro con Dios toma, naturalmente muchas formas según los carismas y temperamentos. Pero siempre será una adhesión a Cristo, un descubrir por Él el amor del Padre, una disponibilidad permanente para dejarse guiar por su Espíritu.

Se trata aquí de la esencia misma de la vocación, de un cierto gozo de vivir para Dios, de confianza en la tarea que se les confía... La esperanza sólo puede ser fruto de una confianza total en Dios.

El trabajo es un medio de unión con Cristo y de hacer esta unión más profunda por una absoluta mortificación de sí mismo; pero con tal que se realice en caridad, es decir, por el amor que Dios nos da y recibimos sin cesar... El trabajo realizado bajo la acción del Espíritu Santo lleva en sí el medio de progresar en la unión con Dios.

Les pido crecer en actitud de mayor hondura en nuestra experiencia espiritual, personal, insustituible. Nuestra fe como don de Dios está a la base de toda nuestra vida y muy especialmente a la base de la sensibilidad evangélica (Lc. 8,2) con la que hemos de contemplar nuestro mundo de modo que con todas nuestras fuerzas nos entreguemos a su transformación en Cristo.

Si ahondamos más y queremos conocer el amor con que Jesús nos ama, oigamos sus palabras: "como el Padre me amó, yo también les he amado" (Jn 15,9)... Podría parecer imposible que Jesús nos amara con el mismo amor con que es amado por el Padre; sin embargo, cómo puede ser de otro modo si participamos de la naturaleza divina, como dice San Juan: "miren que amor nos ha mostrado el Padre que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos".

Nosotros hemos reconocido y creído el amor que Dios tiene por nosotros. Dios es amor: quien está en el amor vive en Dios y Dios en él (1Jn 4,15-16). Se ve como este conocimiento no es un mero concepto intelectual sino un abrazar la verdad con todo el hombre y ser penetrado de ella, y cómo sin el amor que se encarna en la vida no se tiene ni se puede tener el verdadero conocimiento de Dios: "quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor" (1Jn 4,8).

La claridad con que se ve a Dios -y se le ama- en el prójimo, nos da la medida de nuestra coherencia espiritual. Esa es "la iluminación de los ojos del corazón" (Ef. 1,8), esa es la mejor prueba que esta vivo y permanece el germen de Dios. Ese germen divino no es otra cosa que el principio de vida, el Espíritu que es, al mismo tiempo, personificación y fruto del amor. Nos dirigimos al hombre y encontramos a Dios. Es la sublimación teológica de nuestra relación fraterna.

Cristo rompe el muro de la fraternidad restringida, y esto es su gran revolución del amor: redención universal, filiación universal, fraternidad universal y amor universal, son realidades correlativas, lógicamente trabadas y reversibles. Veremos que hay sólo una salvedad: la preferencia por el más necesitado.

Pedro Arrupe, SJ.

DEL DOLOR Y LA ALEGRÍA

Es difícil hacerse cargo de la alegría que viene de Dios en medio de "la gran tribulación de este mundo". La única fuerza para dominar el duro leño de la tribulación y el sufrimiento es la llama del amor de Cristo. Por eso, en el Corazón de Cristo tenemos el símbolo y la llave de esta divina alquimia, que cambia el sufrimiento en gozo y la pena en alegría.

El sagrado Corazón de Jesús presenta una nota de dolor, de tristeza, de cruz: el Costado herido de Jesús crucificado, de su Corazón traspasado brota sangre y agua... Sin embargo, las llamas que salen del Corazón de Jesús son llamas de amor y de un amor infinito... Sólo en este amor es posible comprender a fondo el misterio de la redención; un misterio que, aunque supone la cruz, abarca también la resurrección y una eterna glorificación.

Para poder conciliar esta antinomia de cruz y resurrección, de pasión y gloria, debemos tratar de penetrar en el misterio de Cristo, hasta lo más profundo de su Corazón: en él descubrimos una inefable alegría, alegría que es su secreto que es solamente suyo. Jesús es feliz, porque sabe que el Padre le ama. El Corazón de Cristo es el símbolo del amor infinito, del amor humano y trinitario que nos da Él por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros. Fruto de este Espíritu es la alegría, que tiene el poder de transformar todo en alegría espiritual, alegría que ninguno puede arrebatarse a los discípulos de Jesús una vez que le han encontrado.

Entonces pues una cosa es cierta: la verdadera alegría de Cristo nace del amor y el camino para conseguirla es la cruz. Doctrina difícil de comprender y que los mismos apóstoles comprendieron poco a poco, no obstante todo el tiempo que pasaron en la escuela de Jesús. Las palabras que dijo a los discípulos de Emaús podemos aplicarlas también a nosotros: "¡oh, necios y tardos de corazón para creer lo que habían predicho los profetas! ¿No era necesario que Cristo padeciera para entrar en su gloria?" (Lc 24, 25). Pero cuando lo comprendieron los apóstoles experimentaron una alegría comunicativa e irresistible, una alegría tan grande, que "salían del Sanedrín felices de haber sido ultrajados por amor el nombre de Jesús".

Los que tienen una fe viva sienten en sí mismos una plenitud de alegría (Jn 17,13), llevan una vida alegre y simple, viven "con alegría y sencillez de corazón" (Hch 2,46), y esta alegría la comunican a los demás con la palabra y con el ejemplo, o, como el diácono Felipe, que encontrándose en Samaria "comenzó a predicar a Cristo" y "fue grande la alegría en aquella ciudad" (Hch 8,8) "aun en los sufrimientos de la prisión" y "los presos se ponían a escucharle" (Hch 16,24).

Pedro Arrupe SJ

LLAMADOS A SER COMPAÑEROS DE JESÚS

El mundo de hoy necesita
la verdadera luz de la esperanza
que le devuelva la alegría y el bienestar.

Para ello necesita un descubrimiento más
en medio de tantos como va haciendo:
el descubrimiento de Dios vivo.

Así como Ignacio, también nosotros
nos podemos sentir fuertes y alegres:
"No temáis la empresa grande,
mirando vuestras fuerzas pequeñas,
pues toda nuestra suficiencia
ha de venir del que para esta obra os llamó
y ha de dar lo que para su servicio es necesario..."

Baste a nosotros hacer
según nuestra fragilidad lo que podemos
y el resto queramos dejarlo a la divina providencia,
a quien toca y cuyo curso no entienden los hombre
y por eso se afligen de aquello que debieran alegrarse".

Esa parte que le toca hacer a Dios en la vida del mundo
y en vida personal de cada uno de nosotros
es la base granítica de la esperanza de Ignacio
y debe serlo también de nuestra esperanza.
Nuestra fragilidad natural no puede impedir
el funcionamiento y el desarrollo del plan divino.

Pedro Arrupe, SJ.

DESEAR ORAR

"Con el deseo se ensancha el corazón, cuanto más ancho se hace más capaz de recibir la gracia".

San Agustín

[1] ¡Por favor, sean valientes! Les diré una cosa. No la olviden. ¡Oren, oren mucho! Estos problemas no se resuelven con esfuerzo humano. Estoy diciéndoles cosas que quiero recalcar, un mensaje, quizás mi canto de cisne para la Compañía. Tenemos tantas reuniones y encuentros pero no oramos bastante.

[2] Un nuevo nacimiento, una vida nueva, vida de hijos de Dios. Este es el milagro del Espíritu...esto presupone una delicada atención a las voces del Espíritu, una interior docilidad a sus sugerencias y por lo mismo, más todavía, una plena disponibilidad que sólo una sincera libertad de todos y de todo hace posible y eficaz. "El viento sopla donde quiere, y oye su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu" Me viene a la mente la comparación con el planeador de arrastre cuya fuerza y capacidad de velocidad, la tiene toda y solamente del dejarse llevar dócilmente sin ninguna resistencia, del aeroplano que lo conduce.

[3] Vivir hoy, en todo momento y en toda misión el ser "contemplativo en la acción", supone un don y una pedagogía de oración que nos capacite para una renovada "lectura" de la realidad -de toda la realidad- desde el Evangelio y para una constante confrontación de esa realidad con el Evangelio.

[4] Les pido una nueva exigencia: la de buscar, si es necesario, otros modos, ritmos y formas de oración más adecuados a sus circunstancias...y que garanticen plenamente esta experiencia personal de Dios que se reveló en Jesús.

[5] Hoy, más quizás que en un cercano pasado, se nos ha hecho claro que la fe no es algo adquirido de una vez para siempre, sino que puede debilitarse y hasta perderse, y necesita ser renovada, alimentada y fortalecida constantemente. De ahí que vivir nuestra fe y nuestra esperanza a la intemperie "expuestos a la prueba de la increencia y de la injusticia", requiera de nosotros más que nunca la oración que pide esa fe, que tiene que sernos dada en cada momento. La oración nos da a nosotros nuestra propia medida, destierra seguridades puramente humanas y dogmatismos polarizantes y nos prepara así, en humildad y sencillez, a que nos sea comunicada la revelación que se hace únicamente a los pequeños.

[6] Así, cuando invito a los Jesuitas y a nuestros laicos a profundizar en su vida de fe en Dios, y a alimentar esa vida por medio de la oración y de un compromiso activo, lo hago porque sé que no hay otro modo de producir las obras capaces de transformar nuestra maltrecha humanidad. El Señor habla de "sal de la tierra" y "luz del mundo" para describir a sus discípulos. Se saborea y se estima la sal, se disfruta de la luz y se la estima. Pero no la sal insípida ni la luz mortecina.

Notas del P. Pedro Arrupe SJ

TESTIGOS DE ESPERANZA

La esperanza de que somos portadores se basa en la humilde convicción de la radical limitación, en nuestra falta de esperanza en medios meramente humanos y naturales, para poder ofrecer una solución global y duradera a los problemas de hoy. Esto no significa, sin embargo, que rechazemos sencillamente o condenemos en bloque los valores naturales y humanos, la cultura y el progreso como inútiles; sino más bien, que somos profundamente conscientes de su importancia limitada y relativa, de la necesidad de integrarlos en el plan redentor de Dios de manera que iluminados, vivificados y elevados por el Espíritu, puedan convertirse para el hombre en auténticos signos y motivos de cristiana esperanza.

Los hombres hoy buscan la verdad en que poder cimentar su esperanza, no en huecas palabras o razonamientos abstractos, sino en la vida de alguien como ellos: gente que encarna y personaliza las auténticas verdades en que dicen creer. Hoy se necesita un testimonio cristiano, no sólo de individuos aislados, sino también de grupos y de comunidades, que, a través de sus vidas, puedan marcar a la humanidad el rumbo que deben seguir para recuperar sus esperanzas y encontrar su salvación. Como los primeros cristianos de los que decía Filon "su fraternidad supera toda descripción", o hacían exclamar a Flavio Josefo "tienen un espíritu maravilloso de comunidad". No seremos portadores de esperanza más que cuando poseamos la verdad que salva y además, como Cristo, nuestras vidas sean tales que muestren el camino hacia la verdad e induzcan a los otros a seguirlo.

Esa es la meta hacia la que debemos avanzar. Estoy convencido de una cosa: sin una conversión personal profunda no seremos capaces de hacer frente al reto que tenemos planteado hoy. Pero si logramos derribar las barreras dentro de nosotros mismos, tendremos la nueva experiencia de que Dios irrumpe en nosotros y conoceremos qué significa ser cristiano hoy. ¿Por qué no hemos de lograrlo?

Si podemos hacer frente a este desafío, los signos de desesperación se transformarán pronto en señales de esperanza y diremos con san Pablo: "Precisamente nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia, la paciencia virtud probada, esperanza, y la esperanza no falle".

(La Iglesia portadora de esperanza para los hombres – 25/08/77)
Pedro Arrupe SJ

LA MAYOR GLORIA DE DIOS

Creado con una dependencia absoluta. Mi existencia es una creación continua. Cada instante una nueva creación. Sentir esa dependencia divina. Esa operación creativa de cada momento. Señor dame a sentir esto como diste a San Ignacio.

Esa continua creación es fuente de una humildad profundísima (todo de Dios) pero al mismo tiempo de una fortaleza extraordinaria (omnipotencia de Dios con nosotros). ¿Qué influencia ha de tener esto en nuestro trabajo?

La gloria de Dios es el máximo valor; por eso a ello hay que subordinarlo todo y al mismo tiempo es el valor que hay que conquistar, pese a quien pese, a toda costa: he aquí la necesidad del máximo esfuerzo: ahí la base del celo apostólico. De ahí un dinamismo inmenso que de una profundidad también máxima. El celo que quema, que abrasa, que no deja descansar, que quiere extenderse a todos.

La renovación espiritual del mundo está aquí. El mundo (incluso el religioso) se ha olvidado que el máximo valor es la gloria de Dios. Y además no sabe en que está la gloria de Dios. Esto es un punto central completamente ignaciano que da a la actividad apostólica, teológicamente considerada, su verdadera significación y actitud.

El sentido de la indiferencia es ese desprendimiento de todo que da una libertad de espíritu completa, disponiendo así el alma a la máxima disponibilidad bajo la acción del Espíritu Santo: que es la fuerza dinámica más grande. El dinamismo de la Compañía radica aquí: El máximo de libertad, de disponibilidad a la acción inmensa del Espíritu Santo.

El fin es Dios mismo, el valor creado mayor es la gloria de Dios: esa gloria es en concreto el conocimiento y amor que los hombres tienen de Dios y hacia Dios. De ahí que todos los medios tienen que ser medios en cuanto redundan en más conocimiento y amor de Dios. En estos medios (o creaturas) se incluyen todos sin restricción de ninguna clase: medios sobrenaturales y naturales, personas y cosas, positivas y negativas, agradables y desagradables.

La mayor gloria de Dios está en la intensidad y extensión de ese conocimiento: mayor conocimiento y más amor, intensidad perfección individual y colectiva. Mayor y más extendido conocimiento y amor: conversión al Dios verdadero.

¿Qué es lo que Dios pide de mí como individuo? Que le procure la mayor gloria: es decir, que entregue todo mi ser y me dede a todas las creaturas para darle la mayor gloria: es decir, para que yo le conozca y le ame y para que procure que otros le conozcan y le amen más y más: Ese es el verdadero sentido apostólico: el verdadero contemplativo en la acción.

Esa mayor gloria de Dios en mí está en la caridad que se perfecciona: que aumenta con el conocimiento y que origina una mayor unión con Dios. Cuanto más unido con Dios por caridad: doy yo por mi parte más gloria a Dios y soy un instrumento más perfecto para procurar la mayor gloria de Dios: porque unido a El haré siempre su voluntad del modo más perfecto; porque recabaré más gracias eficaces para los demás; porque iluminado por Dios haré en cada momento lo que más conviene para las almas; porque sabré elegir los medios más aptos para disponer a esas almas individualmente, como estructuras, como sociedad.

Pedro Arrupe SJ
Apuntes personales de sus Ejercicios en 1965

LA ESPERANZA CRISTIANA

La auténtica esperanza cristiana, esa que esperamos hoy en la Iglesia, ni pierde su confianza ante la inutilidad de las cosas ni coloca esa confianza en sí misma. Enraizada sólo en Dios, apuntala, guía y va más allá que cualquier otra solución, sea ideológica, política, social o económica. Este es nuestro gran mensaje al mundo de hoy: si no basamos en la cruz nuestra esperanza, si no buscamos un mundo nuevo y una vida nueva a través de los sufrimientos y la muerte de Cristo no hay esperanza posible. Carecerá de cimientos, será una esperanza falsa y decepcionante, que aboca necesariamente en la "des-esperación".

Nada puede destruir una esperanza que brota de la cruz de Cristo. Por muy negro que esté el horizonte, por muy grandes que sean los problemas o los sufrimientos, los cristianos que tienen esta esperanza están capacitados para gritar con Pablo: "Agobiados desde todo punto de vista, no nos han aniquilado: llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús pueda manifestarse en nuestros cuerpos" (2 Cor 4,8-10).

El cristiano, frente al mundo y sus problemas, lejos de ser pesimista, es esencialmente optimista. Por amor de Dios y de sus semejantes, trabaja, se esfuerza y, si es necesario, muere, "esperando contra toda esperanza" (Ro 8,14), sabiendo que mientras su trabajo, su esfuerzo y su vida son necesarias para la transformación del mundo y la liberación del hombre, éstas se realizan en definitiva y por completo únicamente por la gracia de Dios: "No yo, sino la gracia de Dios conmigo".

La esperanza es la decisión de vivir la fe radicalmente. En las dificultades insuperables radica nuestro optimismo esperanzador. Cuando parece que debiéramos desesperar porque no se ve ninguna solución, es cuando oímos: "Una esperanza que se ve, no es esperanza". Comprendemos así las palabras de Pablo VI: "La esperanza del cristiano procede ante todo de estar persuadido que el Señor trabaja con nosotros en el mundo, continuando en su cuerpo que es la Iglesia -y por la Iglesia en toda la humanidad- la redención que realizó en la cruz y que floreció en una victoria esplendorosa en la mañana de la Resurrección". ¿Tendremos el coraje y abnegación para ello y la generosidad de hacer a otros partícipes de ella? Si podemos decir "sí", entonces la Iglesia será portadora de las esperanzas de los hombres hoy y más que nunca "porque esperamos lo que no vemos" (Rom 8,25).

Pedro Arrupe SJ

SEAN SANTOS

El santo encuentra mil formas, aun revolucionarias,
para llegar a tiempo allá donde la necesidad es urgente;
el santo es audaz, ingenioso y moderno;
el santo no espera a que vengan de lo alto las
disposiciones y las innovaciones; el santo supera los obstáculos y, si es necesario,
quema las viejas estructuras superándolas;
pero siempre con el amor de Dios y en absoluta fidelidad
a la Iglesia a la que servimos humildemente porque la amamos apasionadamente.

(Sacerdotes para la Iglesia y para los hombres - 11.03.76)

VALENTÍA

No tengo miedo al nuevo mundo que surge.

Temo más bien que los jesuitas
tengan poco o nada que ofrecer a ese mundo,
poco o nada que decir o hacer,
que pueda justificar nuestra existencia como jesuitas.

Me espanta que podamos dar respuestas de ayer
a los problemas de mañana.

No pretendemos defender nuestras equivocaciones,
pero tampoco queremos cometer la mayor de todas:

la de esperar con los brazos cruzados
y no hacer nada por miedo a equivocarnos.

Padre Pedro Arrupe, sj
New York Times, 25-11-66

LA ORACIÓN

¡Por favor, sean valientes! Les diré una cosa. No la olviden. ¡Oren, oren mucho! Estos problemas no se resuelven con esfuerzo humano. Estoy diciéndoles cosas que quiero recalcar, un mensaje, quizás mi canto de cisne para la Compañía. Tenemos tantas reuniones y encuentros pero no oramos bastante.

Un nuevo nacimiento, una vida nueva, vida de hijos de Dios. Este es el milagro del Espíritu...esto presupone una delicada atención a las voces del Espíritu, una interior docilidad a sus sugerencias y por lo mismo, más todavía, una plena disponibilidad que sólo una sincera libertad de todos y de todo hace posible y eficaz. "El viento sopla donde quiere, y oye su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu".

Vivir hoy, en todo momento y en toda misión el ser "contemplativo en la acción", supone un don y una pedagogía de oración que nos capacite para una renovada "lectura" de la realidad -de toda la realidad- desde el Evangelio y para una constante confrontación de esa realidad con el Evangelio.

Les pido una nueva exigencia: la de buscar, si es necesario, otros modos, ritmos y formas de oración más adecuados a sus circunstancias... y que garanticen plenamente esta experiencia personal de Dios que se reveló en Jesús.

Hoy, más quizá que en un cercano pasado, se nos ha hecho claro que la fe no es algo adquirido de una vez para siempre, sino que puede debilitarse y hasta perderse, y necesita ser renovada, alimentada y fortalecida constantemente. De ahí que vivir nuestra fe y nuestra esperanza a la intemperie "expuestos a la prueba de la increencia y de la injusticia", requiera de nosotros más que nunca la oración que pide esa fe, que tiene que sernos dada en cada momento. La oración nos da a nosotros nuestra propia medida, destierra seguridades puramente humanas y dogmatismos polarizantes y nos prepara así, en humildad y sencillez, a que nos sea comunicada la revelación que se hace únicamente a los pequeños.

Así, cuando invito a los Jesuitas y a nuestros laicos a profundizar en su vida de fe en Dios, y a alimentar esa vida por medio de la oración y de un compromiso activo, lo hago porque sé que no hay otro modo de producir las obras capaces de transformar nuestra maltrecha humanidad. El Señor habla de "sal de la tierra" y "luz del mundo" para describir a sus discípulos. Se saborea y se estima la sal, se disfruta de la luz y se la estima. Pero no la sal insípida ni la luz mortecina.

P. Pedro Arrupe, SJ.